

Noruega

Hoy he vuelto a ver ponerse el sol. Empezaba a esconderse por detrás de la Sierra de Tramuntana como una bola incandescente en el horizonte que ha pintado de naranja este cielo despejado y limpio de pleno mes de agosto. Ha sido como una aparición ante mis ojos, mientras él se colaba entre las aspas de un molino de viento mi mente ha volado y entonces, entonces he recordado los largos crepúsculos, los atardeceres que se estiraban hasta el amanecer, los dibujos caprichosos de las montañas elevándose como una muralla desde el mar, el color de las aguas de espejo, los lagos infinitos, los ríos cristalinos, los paisajes inacabables de abetos, casitas multicolores, islas, islotes y AGUA.

NORUEGA, EL PAÍS DONDE LA TIERRA ES AGUA

Nuestro viaje empieza día 15 de julio de 2006 cuando salimos por la puerta del jardín de nuestra casa con la autocaravana Challenger que hemos estrenado hace pocos meses. El primer objetivo es llegar a **Barcelona**, una vez allí la **Junquera** y en un plazo de tres días alcanzar el extremo de Alemania que separa Dinamarca del continente europeo.

Atravesar Europa se convierte en tarea difícil. Una ola de calor azota el centro del continente con temperaturas cercanas a los 40 grados. La autopista parece fuego y Francia se hace interminable.

Tras 48 horas conseguimos alcanzar la frontera con **Luxemburgo** y en escasamente una hora entramos en **Alemania**. Pero el calor persiste a pesar de superar el ecuador europeo.

Pasa un día hasta alcanzar la costa báltica y con un ferry cruzamos desde **Puttgarden** el canal que nos separa de **Dinamarca**.

Después de una primera parada en la tranquila población de **Maribó**, en la **isla de Falster** escogemos como segunda visita la **isla de Mon**, donde bajamos por los acantilados blancos de **Monts Klint**, unos despeñaderos de roca caliza de la era glaciár, según nuestra guía, uno de los paisajes más bonitos del país.

De **Dinamarca** nos enamora ese sentido de la propiedad que tan poco encaja en nuestra cultura, donde las casas de techos inclinados, jardines abiertos y grandes ventanales desprovistos de cortinas, dejan ver sin reparos el interior de hogares y moradas.

Desde hace ya dos días contemplo el cielo a la hora del crepúsculo y a medida que pasan las páginas del calendario, crece en mí la sensación de que al llegar el atardecer, el día tiene pereza de acostarse.



Después de una noche en la que tal como una nana, no hemos dejado de oír el ritmo de las gotas caer sobre el techo de fibra que tenemos a tan sólo 40 centímetros de nuestras cabezas, iniciamos camino hacia Helsingør para subirnos al ferry que nos cruzará el **Estrecho de Oresund** hasta **Helsingborg**, en **Suecia**. En un trayecto rápido, de tan sólo 20 minutos, el barco amarra y desamarra sin complicación, encajando proa y popa abiertas con los raíles del tren como las piezas de un perfecto puzzle.

Hoy dormimos en Suecia, cerca de **Goteborg**, son las doce de la noche y todavía se ve un rescoldo de luz en el cielo. La temperatura suave nos permite disfrutar del fresco verano después de los recientes calores.

Ya es sábado 22 de julio. Hoy conseguimos atravesar la frontera entre **Suecia** y **Noruega** y entrar en el país de nuestro sueño. Nada más en él, un fiordo nos da la bienvenida insinuando tan sólo una pequeña porción de la belleza que nos brindará durante su visita.

Hemos decidido subir dirección norte, sin detenernos en la capital, **Oslo**, que atravesamos por autopista. Nuestro primer destino es **Hamar**, un bello pueblo situado a la orilla del lago **Mjosa**, el más grande del país y que ante nuestros ojos parece un mar, con sus puertos, sus mareas, sus playas y su caprichoso oleaje.



En los más de doscientos kilómetros que separan el lago Mjosa de **Trondheim**, la antigua capital noruega, nos adentramos en un paisaje montañoso, donde vemos las pistas de esquí de Lillehammer con los telesillas parados sobre la verde hierba, hermosos parajes junto a lagos, campings de ensueño... el paisaje es ya sorprendente. Hace calor, la temperatura de un verano cálido y agradable.

Entre montañas surca el valle y en él siempre un río que no perdemos de vista en ningún momento. Éste se ensancha y se estrecha a voluntad, acelera en pequeños rápidos y se ralentiza hasta la más estática de las lagunas. Se espejea cálido, inmóvil, reflejando el precioso paisaje de abetos hasta el agua y se agita al son de la brisa generando pequeñas olas en sus laderas.

Hoy nos hemos bañado en el río. Era un lugar donde se formaba un minúsculo lago de agua estática pero viva. Toda ella estaba cristalina, fresquita y agradable, pura, quizás el agua más natural que hayamos probado nunca.

A vista de pájaro visitamos Trondheim, a medio camino entre el sur del país, Oslo y Cabo Norte. Esta antigua capital es una población esponjosa, de calles anchísimas y adoquinadas, con innumerables establecimientos modernos, cadenas de ropa cara y comida rápida. Ante nuestros ojos foráneos, aparenta haber perdido su tradición y cultura propias.



A la hora de acostarse y a tan sólo varias horas de bañarnos en aguas cristalinas, tenemos 12 grados y en nuestros cuerpos un frío casi invernal. Después de varios días haciendo clases de astrología, hoy, definitivamente los niños han acabado de entender el motivo por el cuál no vemos la noche en estas latitudes. La explicación la hemos ilustrado con una manzana que ha simbolizado el planeta Tierra y un foco halógeno que ha hecho las veces de sol.

Desde hace varios días hay algo que me intriga, la variedad de colores de la arquitectura rural. La mayoría de las edificaciones, por lo general pequeñas y modestas, son de colores vistosos, con predominio del rojo, con una base de hormigón sólida y sobre ella la vivienda a base de tableros de madera. Imagino que ese colorido es para que la construcción se pueda divisar en la inmensidad del blanco y largo invierno que vive este país que corona Europa.

Nuestro viaje continúa hacia el norte. Hemos sobrepasado el **condado de Nordland** a media tarde y al caer el sol hace frío, ese frío que nos obliga a sacar anoraks, botas y guantes. Hoy va a hacer falta cerrar bien las ventanas de nuestra autocaravana para poder conciliar el sueño. Hay claridad en el cielo nublado y las montañas nos rodean, con sus picos blancos, por los cuatro puntos cardinales. Ahora la noche ya no se acerca a estas latitudes.



Hoy miércoles 26 de julio he sentido con fuerza como este país me estira y me nutre de vitalidad. Quizás si algún día me envuelve la nube oscura de la depresión y necesito una dosis de ganas de vivir, sea una buena opción venir a Noruega a sentarse sobre una roca y contemplar el reflejo de las cálidas montañas sobre esas aguas inmóviles, tal si fuera hielo, como una terapia para nutrir el corazón y el espíritu de vida renovada.

En este país de fiordos el agua invade la tierra hasta confundirse con ella. El viajero no sabe si lo que tiene ante sus ojos es la prolongación del mar, un caprichoso río que se ensancha a voluntad o un lago inacabable. Los fiordos, más espectaculares en el sur del país, parecen los brazos de un inmenso pulpo que se cuelan entre montañas y valles serpenteando el territorio e inundándolo de este líquido preciado, fuente de vida y en esta tierra, todo.

Esta tarde hemos atravesado el **Circulo Polar Ártico** por la carretera E6 que apenas hemos dejado desde que la cogiéramos en Dinamarca. Este lugar de cumbres, donde no hay vegetación, parece el fin del mundo. La línea imaginaria que simboliza este lugar, representada por un globo terráqueo con los paralelos y meridianos que lo circundan, hace que nos sintamos muy lejos de casa.



Ya es día 27 y tras alcanzar la ciudad norteña de **Bodo** nos dirigimos en ferry a uno de los destinos de nuestro viaje, las **Islas Lofoten**. Las escasas horas de sueño que arrastramos desde hace días nos pesan ya como pequeñas losas sobre nuestras espaldas. Creo que los lugareños, como una forma de adaptarse a su clima, no duermen casi en verano y lo hacen como marmotas en invierno, pero nosotros, que tenemos la sana costumbre de repartir equitativamente las horas de sueño a lo largo del año, nos sentimos desorientados y cansados, pero abrumados de tanta belleza.

Después de un paseo por la sobria ciudad de Bodo, última parada del ferrocarril que cruza el país, zarpamos en dirección **Moskones**, el puerto comercial más al sur de Lofoten. Una muralla de rocas altas y esbeltas recibe al viajero insinuando tan sólo una pequeña parte de la magnificencia que encierran estas islas.

Desde el puertecito de **Reine**, veo tranquilas las barcazas de pesca que aguardan pacientes a que les llegue la temporada de salir a faenar, en otoño quizás. Las casas reposan junto al agua, los restos de nieves perpetuas descansan en las zonas protegidas del sol, y mientras, escucho la música de las gaviotas que me entonan esa melodía suya que tanto me gusta. Huele a puerto, a mar, a barcos de pesca....Es Lofoten, es Noruega. El agua es todavía con más intensidad, el elemento de estas islas y de esta tierra. Lofoten es agua en todas sus posibilidades, en verano mar, lago, río, cascada. En invierno nieve, hielo, glaciar...y en el cielo aire y nube.

Esta mañana antes de comer hemos visitado el museo del Bacalao de A, la población situada más al sur de las Lofoten. Ha sido interesante, sobretodo por la simpatía de su propietario, un tal Larsen, que nos ha recibido con un dificultoso español medio italiano, pero con gran amabilidad. Hemos visto todo el proceso de captura y secado, cortado y preparado del bacalao que posteriormente es comercializado por toda Europa.

El archipiélago de las Islas Lofoten es la combinación de todos los verdes posibles, de imponentes colinas delicadamente decoradas con algunas casitas multicolores, de nubes abrazando montañas como un anillo, de gaviotas revoloteando y de agua, agua por doquier.



Además de todo ello, aquí, existe el silencio, el completo silencio. Lo he comprobado al llegar a un diminuto pueblecito de la zona atlántica de la **isla de Flastad, Vikten**, al que se accede después de coger un camino que aparentemente sólo conduce a unos acantilados. La experiencia ha sido única. No recuerdo nunca antes haber sentido un vacío tal que me abrigaba de paz. Una experiencia irrepetible.

En nuestro recorrido por estas islas infinitas, donde nunca se acaban sus montañas, sus rocas, sus playas y sus mesetas de hierba fresca hasta la arena, hemos llegado a la **isla de Vestvagoy** a la que hemos accedido por un túnel por debajo del mar. Ha sido impresionante ver como la tierra se acaba, te diriges hacia el mar y de repente, tras una boca de un túnel, una bajada empinada te conduce hacia la oscuridad. Entonces vas bajando para luego subir súbitamente. Una vez fuera del túnel al mirar hacia atrás, la masa de agua, la otra isla al fondo y el sol imponente en la lejanía.

Después de recorrer pueblos y aldeas, caminos y senderos a través de las islas, el día ha empezado su caída y hemos vuelto a ver esconderse el sol. Eran casi las doce de la noche. Se ha despedido tras el horizonte con un hasta luego amigable. Sabía que hoy vamos a esperar a que vuelva a aparecer y nos ha prometido que no se haría rogar.



Han pasado escasamente dos horas, son las dos y media de la madrugada y entre las curvas de las montañas de las **islas Vesteralen** veo como despega con fuerza una gran masa de fuego que ilumina el horizonte. El cielo es azul, las nubes naranjas y amarillas. Es plenamente de día y hora más que suficiente para acostarse.

A medida que avanzamos hacia el norte del archipiélago la belleza decae. Algo hace intuir que las islas Vesteralen no tienen la magia de las Lofoten. Decidimos pasar otro día en estas islas y volver al continente desde **Svolvaer**, sin hacer el salto al otro archipiélago. Los días pasan y el tiempo es escaso.

Una vez de nuevo en la Noruega continental, iniciamos el camino de descenso por la ruta de la costa hasta **Steinkjer**. Es un recorrido de costa escarbada, fiordos, imponentes montañas, larguísimos túneles y siete ferrys.



Es día 1 de agosto y aquí la temporada turística empieza su descenso. Nosotros hoy hemos visitado el glaciar Svartisen. Para llegar a él ha sido necesario cruzar el fiordo de **Holandsfiorden** en un pequeño barco y tras una excursión de varios kilómetros, llegar a la escarpada e inclinada cuña de rocas lisas hasta tocar la inmensidad del hilo.

Durante la subida sobre piedras lisas y a medida que nos acercábamos, el viento cada vez más fuerte y el frío, han convertido la excursión en una pequeña hazaña. Cerca de la inmensa masa blanca frío, mucho frío. Eran los bloques blanquiazules que refrescaban como si una cámara frigorífica gigante estuviera ante nosotros.

Hemos atravesado de nuevo la línea imaginaria del Círculo Polar Ártico. Ha sido por mar, en el trayecto de uno de los ferrys que cruzan los fiordos por la carretera de la costa. Ahora hace ya dos horas que el sol se ha escondido en el horizonte y la claridad ha disminuido. El cielo es gris, me recuerda esa hora de nuestro crepúsculo cuando está a punto de anochecer. La diferencia es que aquí ya no anochecerá más y la noche será día.

Hace ya casi dos semanas que no vemos la oscuridad. Al caer el día miro al cielo y siempre hay un sol visible o escondido, más alto o más bajo, pero están ahí, lo sientes, lo hueles y con él, la noche es día, atardecer o crepúsculo, pero no negrura.

Después de visitar la bonita ciudad modernista de Alesund, completamente reconstruida al más auténtico estilo Art Noveau después de un gran incendio que la devastó en el año 1904, nuestra ruta ha seguido hasta el **fiordo de Geiranger**, de lo mejor de Noruega. Cascadas, granjas literalmente colgadas en las montañas y toda una sucesión de colores y juegos de luz que se colaban por entre valles y montañas hasta reflejarse en el agua.

La cima de Dalsnibba, que preside el fiordo de Gerianger, ha sido nuestra elección para pasar la noche en soledad y escuchando el sonido de las grandes águilas en sus vuelos rasantes de última hora de la jornada. Desde Dalsnibba se divisan los picos de la mayoría de las montañas del sur del país, algunas nieves perpetuas, el nacimiento de los ríos que alcanzan el nivel del mar y la inmensidad del mundo y de esta Noruega inacabable. Junto al precipicio, donde la tierra firme llega a su fin, con los ojos cerrados y los brazos en cruz, por unos minutos he sido una de aquellas águilas imperiales que sobrevolaba por encima de la inmensidad.



Hoy domingo 6 de agosto hemos subido hasta **Myrdal** desde el pueblecito de **Flam**, un recorrido en ferrocarril que asciende en tan sólo 20 kilómetros hasta una de las más altas montañas del sur de Noruega en un trayecto que alcanza una pendiente del 18 por ciento atravesando imponentes cascadas y preciosas vistas. Siento que mis ojos no abarcan para retener más belleza.

Como era de esperar al llegar a **Bergen la ciudad más coqueta de Noruega**, llovía. Dicen que en Bergen llueve tres de cuatro días al año, por lo que no ha sido de extrañar acercarse a la ciudad y ver como el cielo se cargaba de nubarrones oscuros. Bergen estaba animada de turistas que iban y venían por el Briggen, el puerto, la zona más popular y concurrida. Nuestro tiempo es escaso ya, así que tras un paseo por el centro, hemos decidido acostarnos para emprender mañana ruta hacia la capital.

De camino hacia **Oslo** nos hemos adentrado en el altiplano de la meseta de Hendargevidda, un inmenso parque nacional con una reserva de 17.000 cabezas de renos salvajes situada a 1.000 metros de altitud. Preside el parque una cascada impresionante que se ha sumado a nuestra lista de recuerdos visuales para no olvidar.

Anochece ya cuando entrábamos en el centro urbano de la capital del país, Oslo. Un paseo por el centro histórico nos ha mostrado el ambiente distinguido y relajado que dominaba los locales nocturnos, repletos de jóvenes charlando plácidamente.

Después de una noche lluviosa y ya bastante oscura, de buena mañana la ciudad se nos ofrece en todas sus posibilidades. Entre las opciones posibles hemos escogido el Museo Vikingo, la pista de saltos de **Holmelkollen** y como guinda el Vigelandsparken o parque de las estatuas.

En el **Vigelandsparken** los rayos del sol iniciando el lento descenso se colaban por entre brazos, cabezas y piernas de esas series inertes y eternas de personas que impasibles, ven año tras año, el paso del tiempo infinito. Creo que nunca olvidaré este parque, recopilación de imágenes de la vida de hoy y de siempre. La mujer amamantando, los ancianos mirándose, bebés llorando, parejas abrazándose o el ciclo de la vida con sus figuras entrelazadas. Oslo nos deja un buen sabor de boca.



Es ya día 9 cuando al anochecer, en esa hora baja que tanto se alarga, llegamos a **Copenhague** después de cruzar el estrecho entre ésta y **Malmö, en Suecia**, por el puente túnel soportado por cables más largo del mundo.

Copenhague es una ciudad grande y bulliciosa, nada que ver con las ciudades noruegas. Luces, publicidad, movimiento, paseantes, ciclistas y todo tipo de autobuses y personas de aquí para allá. Y sobretodo mucha marcha. En Copenhague visitamos el Museo Calsberg, con cuadros de los pintores más famosos desde el impresionismo, navegamos con los autobuses fluviales por los canales que surcan la ciudad y contemplamos la famosa, aunque insulsa, Sirenita, para acabar el día en la montaña rusa del gran parque de atracciones Tívoli.

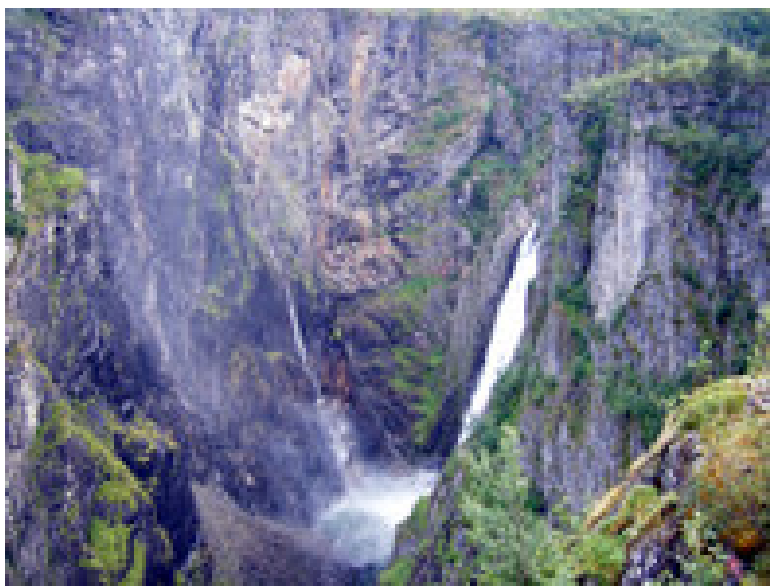
La mañana del día 10 nos entretenemos en recorrer **Christiania**, ese estado independiente y libre ubicado en el corazón de la capital danesa, último vestigio del movimiento hippie en Europa y fruto de la corriente iniciada en los años 60 por un grupo de artistas, activistas políticos y demás jóvenes desacordes con el estado de



bienestar que se estaba implantando en Europa, que ocuparon unos barracones abandonados e instalaron una nueva forma de vida. El gobierno desde siempre intentó luchar contra esa ocupación, pero al final optó por dejarlo estar y considerarlo un experimento social. Hoy, más de cuarenta años después, cuando las autoridades danesas quisieran erradicarlo, la experiencia sigue viva y con la fuerza de las cuatro décadas a sus espaldas.

Al salir de Christiania iniciamos nuestro verdadero camino de vuelta a casa. Todavía queda cruzar Europa entera, pero los lugares que visitar se han completado en nuestra agenda.

El regreso ha sido más rápido de lo esperado y cruzar Europa hacia el sur nos ha costado menos que hacerlo en dirección norte.



Es ya lunes día 14 de agosto y de buena mañana hemos pasado la frontera que separa Francia de nuestro país. Al entrar en España olía a verano removido, a mar de marejada y a cambios de tiempo.

Hoy, ya en casa, recopiló mis notas y me siento todavía emborrachada de paisajes maravillosos, vivencias y recuerdos que me sucumben. Pero sobretodo con la vista a rebosar de imágenes y rincones y con los cinco sentidos repletos de nuevas experiencias, porque todavía permanece en mí el sonido del silencio, el olor de la hierba tierna rozando el agua, la imagen del sol que no se va y la piel electrizada con tan sólo pensar en volver a salir de mi tierra para conocer otros rincones del planeta.

Nuria de Febrer de Olives
Agosto de 2006.